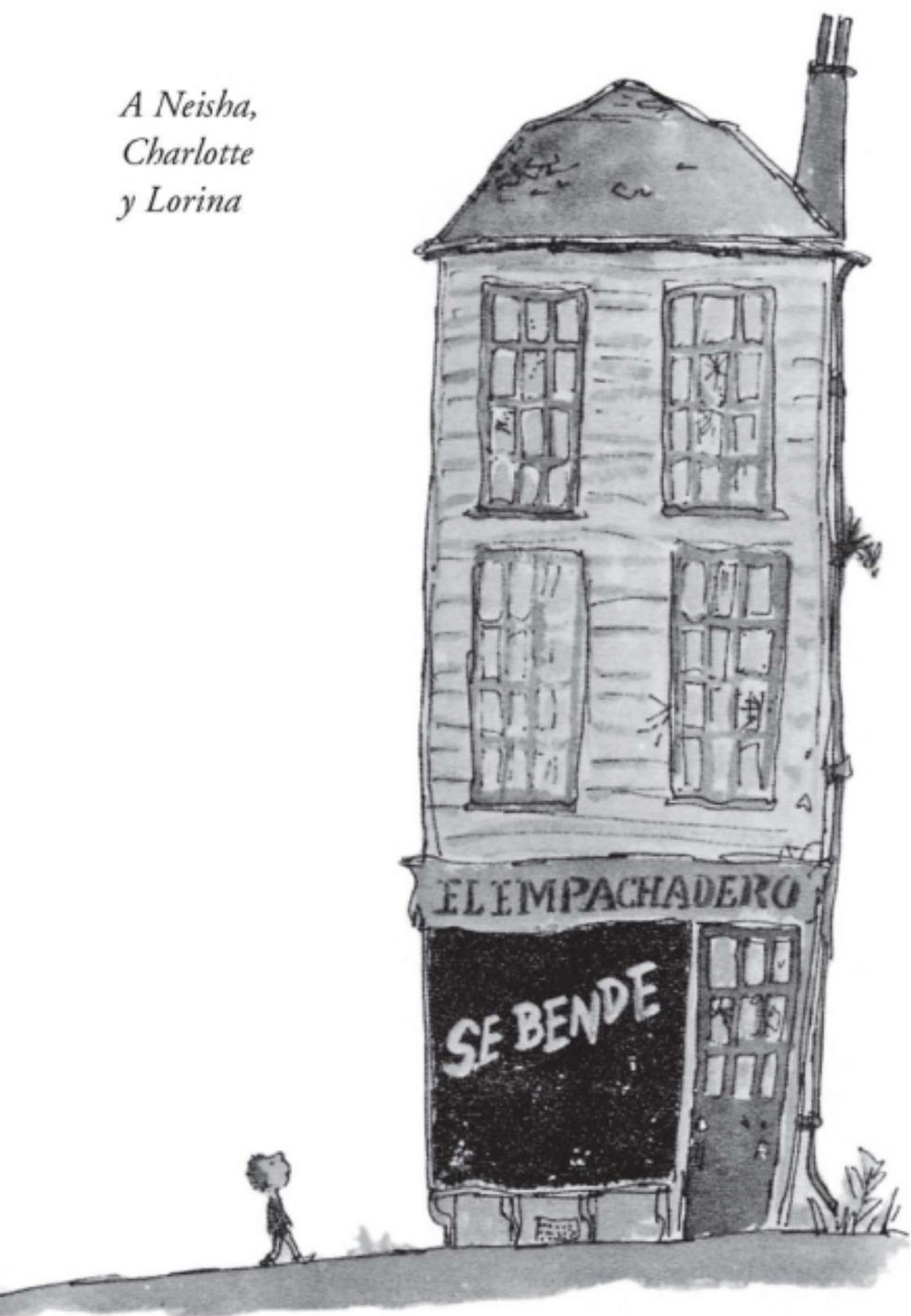
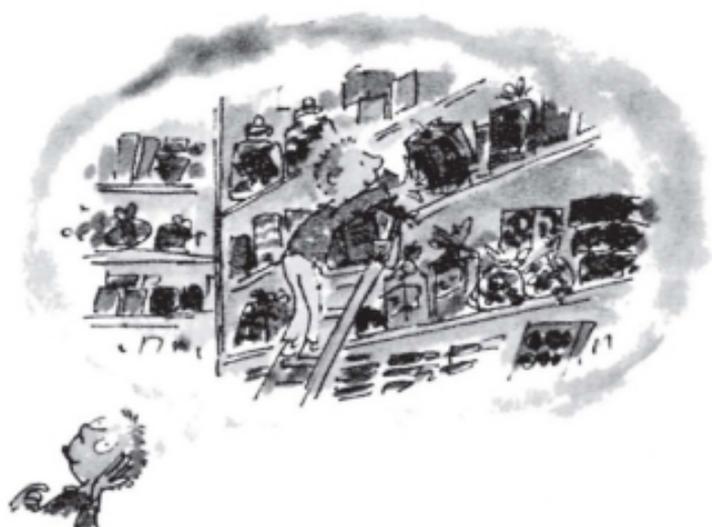


*A Neisha,
Charlotte
y Lorina*



Una mañana me fijé que habían borrado el SE BENDE del escaparate y que en su lugar alguien había pintado BENDIDO. Me quedé mirando el nuevo cristal y diciéndome que ojalá hubiera podido ser yo el que la hubiera comprado, porque entonces me hubiera dedicado a convertirla otra vez en un empachadero. Siempre he deseado con todas mis fuerzas tener una dulcería. La dulcería de mis sueños estaría forrada de arriba a abajo con Chupones de Sorbete y Crujientes de Caramelo y Toffees Rusos y Delicias de Azucarillo y Chiclos de Crema y miles y miles de otras glorias parecidas. ¡Hay que ver lo que yo hubiera hecho con ese viejo empachadero si hubiera sido mío!



En mi siguiente visita a aquel lugar, estaba yo contemplando desde la acera de enfrente el viejo y maravilloso edificio cuando de repente una enorme tina salió disparada por una de las ventanas del segundo piso y fue a estrellarse en mitad de la calle.



Poco después, un retrete de porcelana blanco, que aún tenía sujeto su asiento de madera, salió volando por la misma ventana y aterrizó, haciéndose añicos, al lado de la tina.

Al retrete le siguió un fregadero, una jaula de canario vacía, una cama con dosel, dos bolsas de agua caliente, un caballito de madera, una máquina de coser y Dios sabe cuántas cosas más.

Parecía como si un loco estuviera arrancando todo lo que había dentro, porque también caían zumbando desde las ventanas trozos de escalera, pedacitos de barandilla y montones de baldosas viejas.

Después se hizo el silencio. Esperé un buen rato pero no salió ningún otro ruido del interior de la casa. Crucé la calle, me puse justo debajo de las ventanas y grité:

—¿Hay alguien en casa? —no hubo respuesta.

Acabó anocheciendo, así que tuve que regresar andando a casa. Pero habría podido apostar la vida a que nada me iba a impedir volver corriendo a la mañana siguiente a ver qué nueva sorpresa me esperaba.